

CAPÍTULO VI

IRAK: EQUILIBRIO SOBRE EL ABISMO

José Luis Calvo Albero

RESUMEN

Tras el repliegue de las fuerzas militares norteamericanas a finales de 2011, Irak se enfrenta a una situación interna muy delicada, en la que permanecen muchos de los problemas que se manifestaron con crudeza en los años más duros del conflicto. Las rivalidades entre chiítas y sunnitas, la pugna por los recursos energéticos o el separatismo kurdo siguen siendo una preocupación cotidiana, entre una violencia que no termina de desaparecer. Pero la situación se agrava todavía más porque Irak se encuentra en medio de las múltiples líneas de tensión que recorren hoy en día Oriente Medio. Esto obliga al gobierno iraquí a realizar un difícil ejercicio de equilibrio político, tanto interno como externo, cuyas posibilidades de éxito se presentan dudosas, aunque todavía cabe un margen para la esperanza.

Palabras clave:

Irak, Oriente Medio, transición política, intervención norteamericana, sunnita, chiíta, al Maliki, al Sadr, yihadismo.

ABSTRACT

Following the withdrawal of U.S. military forces in late 2011, Iraq is facing a very sensitive internal situation. Many of the problems crudely materialized in the hardest years of the conflict still remain. The rivalry between Shia and Sunnis, the competition for energy resources or Kurdish separatism are still a daily concern among violence that fails to disappear. But the situation is further aggravated because Iraq is in the midst of multiple breaking lines that cross the Middle East today. This situation forces the Iraqi government to perform a delicate political balancing, both internally and externally, whose chances of success are uncertain, although there is still room for hope.

Keywords:

Iraq, Middle East, political transition, U.S. intervention, Sunni, Shiite, Maliki, al Sadr, jihadism

■ INTRODUCCIÓN

El repliegue de las últimas fuerzas militares norteamericanas en Irak, a finales de 2011 ha dejado tras de sí un escenario de incertidumbre política y preocupante inestabilidad interna que, por otra parte, era ya el panorama habitual cuando las tropas de EE. UU. estaban allí desplegadas. De momento no se ha producido el rápido descenso hacia el caos que algunos analistas vaticinaban, aunque las condiciones para que tal descenso se inicie en cualquier momento continúan muy presentes.

Si Irak se encontrase en otro lugar del mundo y en otro momento de la Historia, sus perspectivas de estabilidad y progreso serían razonablemente sólidas, pese a los numerosos conflictos internos que afectan a su variopinta población. Existe un sentimiento nacional iraquí, especialmente entre la población árabe, que llega a sobreponerse en ocasiones a las diferencias religiosas. Existen recursos económicos, destacando entre ellos unos yacimientos de petróleo de buena calidad, apenas explotados durante dos décadas, y que podrían contener las segundas reservas mundiales de crudo. Y también sobreviven, pese a los estragos de la guerra, unas elites urbanas en las grandes ciudades con un grado de formación superior a lo habitual en Oriente Medio.

Pero, teniendo en cuenta el momento y el lugar en el que Irak intenta afrontar una difícil y traumática transición, las perspectivas de éxito se muestran mucho menos optimistas. Oriente Medio se encuentra probablemente en su momento más convulso desde los años 70 del pasado siglo. E Irak se encuentra en medio de las principales líneas de tensión. Su población dividida no puede por menos que resentirse de la cada vez más abierta pugna geopolítica entre el agresivo islam sunnita, liderado por las monarquías del Golfo, y el islam chiíta, agrupado bajo la bandera de un Irán cada vez más acorralado. El conflicto sirio se manifiesta con toda su crudeza en la delicada frontera noroeste iraquí, escenario de los combates más brutales durante la ocupación norteamericana, reavivando la posibilidad de que el enfrentamiento entre confesiones religiosas se reanude con mayor virulencia. Y la posibilidad de un ataque israelí o norteamericano contra las instalaciones nucleares iraníes tendría muchas posibilidades de convertir el territorio iraquí en la primera línea de un conflicto generalizado en Oriente Medio.

Por si todo ello fuera poco, la preocupante evolución del problema kurdo tanto en Irak como en Siria, y la alarma que ello provoca en una Turquía decidida a recuperar el papel que un día ejerció en la región, añaden la guinda que compone un pastel perfecto, en el que la inestabilidad y la violencia constituyen los ingredientes principales.

Resulta arriesgado afirmar que Irak es hoy en día la pieza clave de la situación en Oriente Medio, pero la evolución de los acontecimientos en la región de-

pendará en gran medida del éxito del pueblo y la clase dirigente iraquí en la gestión de su posguerra y su compleja transición política. Y si el éxito no les acompaña sí que será bastante probable que Irak se convierta de nuevo, y muy a su pesar, en el eje de lo que ocurra en Oriente Medio.

■ ANTECEDENTES DEL CONFLICTO

El Irak de hoy en día es el producto de una serie de catástrofes que han sacudido sucesivamente al país durante los últimos treinta y cinco años. El régimen baasista que gobernaba desde 1968 se radicalizó enormemente con la llegada al poder de Saddam Hussein, que se lanzó en 1980 a una guerra contra Irán que duró nueve años y en la que murieron quizás unos 400.000 iraquíes. Sin apenas solución de continuidad siguió la guerra contra la coalición internacional liderada por EE. UU. en 1991, tras la invasión iraquí de Kuwait, que devastó las infraestructuras más valiosas del país. El conflicto terminó además con unas insurrecciones chiíta y kurda brutalmente aplastadas, y con más de diez años de embargo internacional, en los que la conducta represora del régimen de Saddam se agudizó especialmente.

La guerra que se inició con la intervención militar norteamericana de 2003 terminó con las pocas infraestructuras supervivientes, a causa bien de los ataques aéreos, bien de los sabotajes de la insurgencia, o del mero abandono tras el colapso del régimen. La desintegración de la administración estatal, que ni fue prevista ni remediada por los ocupantes, sumergió al país en un estado de caos que inicialmente favoreció la insurgencia contra las tropas norteamericanas, pero paulatinamente fue degenerando en guerra civil entre la minoría sunnita y la mayoría chiíta. Los enfrentamientos y las ejecuciones masivas fueron especialmente feroces en las áreas donde sunnitas y chiítas convivían previamente, que en muchos casos sufrieron un proceso de limpieza étnica que ha ahondado profundamente las diferencias entre ambas comunidades. Y las perspectivas barajadas por Washington de que las enormes riquezas energéticas del país servirían para una rápida reconstrucción se han diluido con el tiempo, y con las penosas condiciones de las infraestructuras iraquíes.

Nueve años después de la campaña militar liderada por EE. UU. que llevó al derrocamiento de Saddam Hussein, todavía no están del todo claras las razones que llevaron al presidente George W. Bush a dar un paso estratégico tan arriesgado. Sin embargo, a la vista de la situación actual, parece aventurado afirmar que alguno de los eventuales objetivos de la campaña iraquí se hayan cumplido de manera totalmente satisfactoria para EE. UU.

El argumento principal para la intervención fue terminar con un régimen político perverso, y abrir la puerta a un proceso de democratización que sirviese

de ejemplo para producir el mismo cambio en otros estados de la región. Sin duda, el primer objetivo se cumplió, y algunos ven en los acontecimientos de la *Primavera Árabe* una consecución tardía del segundo. Pero no parece que lo ocurrido en Irak haya tenido una influencia decisiva en las revueltas de 2011 en Oriente Medio y el Norte de África. La incapacidad de los regímenes nacionalistas autoritarios para salir de un anquilosamiento de décadas, y sobre todo para gestionar las consecuencias de la crisis económica global, son candidatos más creíbles como motor de las revueltas que el ejemplo iraquí, cuya transición política está lejos de constituir un modelo a seguir.

Evidentemente, tras la intervención norteamericana estaba también la pugna por los recursos energéticos. En este sentido Irak presentaba posibilidades a primera vista deslumbrantes. Con reservas enormes y muy poco explotadas, un Irak aliado de EE. UU. podía asumir el papel de regulador del precio de crudo que durante décadas ha ejercido Arabia Saudí. Pero el desastroso estado de las infraestructuras del país y el alto nivel de violencia han retrasado el incremento de la producción del crudo iraquí, que solo en julio de 2012 ha conseguido superar los tres millones de barriles diarios⁽¹⁾, apenas medio millón más que la producción previa a la intervención norteamericana.

Por último, puede intuirse que Estados Unidos buscaba un nuevo equilibrio de poder en la zona favorable a sus intereses, con un Irak aliado, introducido como una cuña entre Siria e Irán, y capaz de neutralizar en cierta medida la peligrosa tendencia al extremismo religioso de las monarquías del Golfo. Y además, era de esperar que la situación resultante configurase un escenario más favorable para Israel.

Cualquier mirada a los acontecimientos actuales, por superficial que sea, no puede por menos que constatar el fracaso de este último objetivo. Las líneas de conflicto se entrecruzan hoy en Oriente Medio de una manera que no se veía en décadas, e incluso existe una posibilidad razonable de que pueda llegar a estallar un conflicto regional de intensidad media-alta, en el que terminen por verse envueltos desde Irán hasta Israel, y desde Arabia Saudí hasta Turquía.

Sin embargo, la evidencia del fracaso en la consecución de los objetivos iniciales obligó a EE. UU. a adoptar un enfoque progresivamente realista sobre el futuro de Irak, que no buscaba ya crear oportunidades, sino evitar catástrofes. En este sentido, en el segundo mandato de George W. Bush, la estrategia norteamericana se reorientó a evitar que Irak terminase convertido en un santuario para los grupos yihadistas, aunque ello significara renunciar a que la transición política iraquí fuera modélica. Y se intentó también anular la posibilidad de que Irán se convirtiese en el mayor beneficiario de la guerra, al sustituirse el enconado enemigo que había sido el Irak baasista por un estado religioso dominado por la mayoría chiíta.

⁽¹⁾ <http://www.iraq-businessnews.com/tag/oil-production/>.

Estos dos principios guiaron la reacción militar y diplomática norteamericana iniciada en 2007, y que se conoció popularmente como *Surge*. Una de las bases fundamentales de esta contraofensiva estratégica fue la reconversión de la inicialmente feroz insurgencia sunnita en un aliado, capaz por un lado de reducir a los grupos yihadistas a un papel marginal, y por otro de equilibrar el creciente poder de las milicias chiítas proiraníes. El general Petraeus, responsable de materializar el *Surge*, consiguió un éxito que no por frágil resultó menos brillante.

Para lograr este éxito parcial hubo que dejar muchos problemas aparcados, y en ocasiones crear algunos nuevos que hoy en día se manifiestan en toda su crudeza. Por un lado, para convertir el respeto a la legalidad en un apoyo a las operaciones militares, la administración norteamericana se vio obligada a apoyar casi incondicionalmente al gobierno del primer ministro Nuri al Maliki, elegido democráticamente en 2006, del que siempre se sospechó su inclinación hacia Irán y su tendencia al sectarismo prochiíta. Por otro lado, las milicias sunnitas que habían combatido inicialmente a las tropas norteamericanas, y después tanto a sus antiguos aliados de Al Qaeda, como a las milicias chiítas, se convirtieron en un actor ajeno al gobierno legalmente establecido, de difícil control y aún más difícil integración en las estructuras estatales.

La minoría kurda se ha mantenido como una de las menos perjudicadas por las hostilidades en el país. Las zonas de mayoría kurda se vieron poco afectadas tanto por las acciones de la insurgencia como por los enfrentamientos sectarios. Pronto se consolidó una entidad política kurda en el norte del país, que se benefició en gran medida del apoyo norteamericano. Los dirigentes kurdos, especialmente Jalal Talabani⁽²⁾ y Masud Barzani han mostrado siempre una actitud dialogante, en la que ha influido mucho la presión de Washington. Sin embargo, las relaciones con el gobierno central se han deteriorado tras la retirada de las tropas norteamericanas, y la situación se mantiene compleja y violenta en zonas de población mixta, como la ciudad de Kirkuk, que tanto árabes como kurdos reivindican como suya. También se han producido importantes roces entre el gobierno de Bagdad y los dirigentes kurdos por la explotación de los ricos yacimientos de crudo situados al norte de Mosul.

La guerra hizo surgir actores especialmente desestabilizadores. Desde el primer momento miles de voluntarios extranjeros acudieron a la llamada de las organizaciones religiosas integristas, convirtiendo el país por unos años en el escenario principal de la Yihad global. Como suele ser habitual en estos casos, su actuación no se orientó tanto a liberar Irak del dominio de los ejércitos occidentales, como a sembrar el caos e imponer un modelo político y religioso guiado por el fanatismo más ciego.

⁽²⁾ Talabani ha ejercido el cargo de presidente de Irak desde 2005.

La insurgencia sunnita, que inicialmente se agrupó en torno a los restos del partido Baas y de las instituciones de seguridad del régimen, adquirió progresivamente un carácter más tribal e incontrolable. Muchos líderes insurgentes sunnitas se aliaron con las organizaciones yihadistas. La constatación de que los métodos utilizados por los yihadistas solo conducían a un sangriento caos, llevó a la mayoría de los líderes tribales a romper con ellos a partir de 2006, llegando a aliarse con las tropas norteamericanas en lo que se conoció como el *Sunni Awakening* (Despertar Sunnita).

Sin embargo, la alianza tenía mucho de mera medida de supervivencia para unas milicias emparedadas entre la apuesta por el caos de los yihadistas y el creciente poder de las milicias chiítas. Y ni los milicianos ni sus jefes llegaron a integrarse en el nuevo estado iraquí, sobreviviendo como organizaciones paramilitares financiadas directamente por EE. UU. La retirada norteamericana, la dificultad para reintegrar los combatientes a la vida civil y el creciente control que el primer ministro Al Maliki ejerce sobre la administración estatal ha llevado a algunas milicias tribales a retomar las armas contra el gobierno central, e incluso a apoyar de nuevo a los yihadistas todavía activos⁽³⁾.

Otro actor especialmente problemático surgido durante los años de presencia norteamericana fue el clérigo chiíta Moqtada al Sadr. Su milicia armada, el Ejército del Mahdi reunió a muchos jóvenes chiítas procedentes de las zonas más deprimidas del país, entre ellas el inmenso suburbio de Ciudad Sadr, en Bagdad. Su resistencia contra las tropas norteamericanas, ejercida a costa de sufrir bajas con frecuencia terribles, se fue orientando cada vez más a los ataques sectarios contra las comunidades sunnitas. El Ejército del Mahdi nunca fue una fuerza fácil de controlar, y con el tiempo terminó por dividirse en facciones independientes, algunas de las cuales continúan siendo una amenaza para la seguridad hoy en día. Sin embargo, la rama principal, aún bajo el liderazgo de Moqtada al Sadr, se ha reconvertido en un movimiento político de éxito moderado.

El empate técnico que se produjo en las elecciones legislativas de 2010 entre el partido de Al Maliki, y el bloque de sunnitas y chiítas laicos encabezado por el ex primer ministro Allawi, revitalizó la importancia del Sadr, cuyo apoyo permitió a Al Mailiki mantenerse como primer ministro. Pero, pese a su orientación política, el partido de Al Sadr mantiene aún una milicia armada (la Brigada del Día Prometido⁽⁴⁾) y recibe un claro apoyo de Irán que incomoda especialmente a EE. UU., pero también incluso a sectores chiítas iraquíes más moderados.

⁽³⁾ WILLIAMS, Timothy. «New Sunnis in Irak allied with US rejoin rebels». New York Times, 17 octubre 2012. Consultado en: <http://www.nytimes.com/2010/10/17/world/middleeast/17awakening.html?pagewanted=all>.

⁽⁴⁾ CORDESMAN, Anthony H & KHAZAI, Sam. Iraq alter US withdrawal. US Policy and the Iraqi Search for Security and Stability. CSIS. Washington DC. 2012. p. 31. Consultado en www.csis.org/burke/reports.

■ SITUACIÓN ACTUAL DEL CONFLICTO

■ La enrevesada situación política

La política es una actividad de por sí compleja y oportunista, pero en los países árabes estas características se convierten en superlativas. Y en Irak se puede encontrar un ejemplo perfecto de ese enfoque político. Las alianzas y contra alianzas entre partidos y bloques se hacen y deshacen de un día para otro; y ser político en Irak implica mantener un precario equilibrio entre grupos, facciones e intereses, en el que no solo está en juego el éxito político, sino también la seguridad personal. Sin duda, el líder político que mejor encaja con esta imagen, y el que más éxito ha obtenido en la arena política iraquí en los últimos años es el actual primer ministro Nuri al Maliki.

Maliki es un miembro histórico del partido Dawa, una formación política chiíta, de inspiración religiosa que fue proscrita por Sadam Hussein, debiendo muchos de sus militantes, el propio Maliki entre ellos, buscar refugio en Irán, donde organizaron un movimiento de resistencia armada contra Sadam. El régimen iraní les prestó asilo y ayuda, pero también ejerció un control tan agobiante que muchos de ellos terminaron por abandonar el país, desarrollando una actitud mezcla de atracción y prevención ante las autoridades de Teherán.

La pertenencia al Dawa ha marcado la carrera política de Maliki, y le ha señalado como un hombre próximo al régimen iraní y con tendencia a marginar a la población sunnita en beneficio de su correligionarios chiítas. Sin embargo, esta visión es un tanto simplista como se verá más adelante.

En 2006, el rechazo a la gestión del primer ministro Al Jafaari llevó a Maliki al poder. Desde el primer momento sus relaciones con las autoridades norteamericanas fueron ambiguas. Por un lado se mostraba especialmente protector ante los intereses políticos de los grupos chiítas, pero por otro llevaba a cabo una acción de gobierno bastante eficiente para los estándares habituales en Irak, y estaba firmemente comprometido en la lucha contra los grupos armados de todo signo. La ofensiva que ordenó en 2008 contra las milicias de Al Sadr en diversas ciudades del país le hizo ganar credibilidad como un líder dispuesto a terminar con la violencia.

En 2009, su creciente popularidad le permitió separarse de la principal coalición chiíta, la Alianza Iraquí Unida, formando con sus seguidores del Dawa una nueva lista electoral llamada Estado de la Ley con la que se presentó a las elecciones regionales de ese año. El movimiento tenía por objetivo principal marcar diferencias con los seguidores de Muqtada al Sadr, miembros también de la Alianza Iraquí Unida, que en las elecciones sufrieron un estrepitoso revés, mientras la lista de Al Maliki salía victoriosa en la mayor parte de las provincias chiítas.

En las elecciones legislativas de 2010, Al Maliki debió enfrentarse con un líder mejor apreciado tanto por los sectores más moderados de la población iraquí como por EE. UU. Se trataba de Iyad Alawi, que fue primer ministro del gobierno interino entre 2004 y 2005 y lideraba ahora el partido Movimiento Nacional Iraquí, más conocido por Al Irakiya. Allawi representa a las elites urbanas, nacionalistas, laicas y moderadas, tanto sunnitas como chiítas. Él mismo es un chiíta que formó parte del partido Baas, recibió educación en Reino Unido y se unió a la oposición al régimen de Sadam Hussein en el exilio.

Allawí consiguió una notable victoria electoral, llegando a superar al partido de Al Maliki por un puñado de votos y dos diputados. Pero el primer ministro se mostró mucho más hábil que él a la hora de maniobrar entre bambalinas, y se aprovechó además de su mayor control de los resortes del poder. Utilizando el temor a un retorno del partido Baas al poder (Allawi era un antiguo baasista) Al Maliki consiguió debilitar la imagen de su rival, al tiempo que no dudaba en buscar de nuevo el apoyo de Al Sadr, para lograr una mayoría de gobierno, movimiento que fue calificado por Allawi de inconstitucional, aunque la Corte Suprema iraquí terminase por dar la razón al primer ministro en funciones.

Posteriormente, Al Maliki promovió la firma de los denominados *Acuerdos de Irbil* que significan en teoría la formación de un gobierno de coalición nacional entre los principales grupos políticos, y consiguieron romper la parálisis institucional de ocho meses que siguió a las elecciones. Pero, aunque esperanzadores, los acuerdos de Irbil nunca han llegado a materializarse en un nuevo cuerpo legislativo, ni se ha producido la creación de nuevas instituciones como el Consejo de Seguridad Nacional, para el que se apuntaba precisamente a Allawi como presidente⁽⁵⁾.

La apurada victoria frente a Allawi ha llevado a Al Maliki a mostrar su rostro más autoritario y sombrío. A finales de 2011, poco antes de la retirada total de las fuerzas norteamericanas, ordenó una serie de redadas sobre antiguos elementos baasistas que llevó a la detención de cientos de personas. Tanto las razones para la operación como la manera de ejecutarla mostraron muchos puntos oscuros. Se alegó un supuesto y absurdo complot sunnita para llevar a cabo un golpe de estado apoyado por el dirigente libio Muammar el Gadafi⁽⁶⁾ (que en aquel momento luchaba por sobrevivir entre las ruinas de Sirte), y muchos de los detenidos habían tenido anteriormente muy poca o ninguna relación con el partido Baas.

Pero aún más alarmante fue que en diciembre de ese año, el primer ministro ordenase la detención del vicepresidente Hashemi y sus guardaespaldas por

⁽⁵⁾ *Ibidem*, pp. 37-38

⁽⁶⁾ KRAMER, Andrew E. «Iraq Arrest More in Wake of Tip About Coup». *New York Times*. 31 octubre 2011. Consultado en: <http://www.nytimes.com/2011/11/01/world/middleeast/iraq-arrests-more-in-wake-of-libyan-tip-about-coup.html>.

conspiración para derribar el gobierno mediante el asesinato de sus miembros. Hashemi es un sunnita, miembro de Al Iraqiya, que había sido nombrado vicepresidente dentro de la política de reparto de poderes establecida en los acuerdos de Irbil⁽⁷⁾. Ante la acusación, Hashemi huyó a la región autónoma kurda, donde recibió protección oficial, algo que empeoró todavía más las ya tensas relaciones entre los dirigentes kurdos y Al Maliki. Posteriormente, Hashemi huyó a Qatar y Arabia Saudí donde hizo duras declaraciones contra el comportamiento del primer ministro iraquí hacia la minoría sunnita.

En protesta por la orden de detención de Al Hashemi, los diputados sunnitas de Al Iraqiya se negaron a asistir al Parlamento, aunque tuvieron que desistir de esta actitud en enero de 2012 ante el riesgo de que Al Maliki utilizase su ausencia para reforzar todavía más su control de las instituciones. Pero esto no terminó con el affaire Hashemi, ya que en septiembre el ex vicepresidente era condenado a muerte en ausencia por un tribunal iraquí. Los cargos eran liderar bandas armadas que habían cometido numerosos crímenes contra sus adversarios políticos y la comunidad chiíta en general. La condena a muerte, tras un juicio sospechosamente rápido, no hizo sino arrojar más sospechas sobre la imparcialidad de los tribunales iraquíes, especialmente respecto al primer ministro Maliki.

Es difícil saber si las acciones de Al Maliki responden a un auténtico sectarismo contra la minoría sunnita o sencillamente a una estrategia para neutralizar a Allawí y sus seguidores como adversarios políticos. Todo lleva a pensar en esta segunda opción como la más probable, puesto que Al Maliki no ha dudado tampoco en actuar con extrema contundencia contra sus propios aliados chiítas cuando estos se han convertido en una amenaza para su propia autoridad⁽⁸⁾. Pero los métodos empleados, que se han radicalizado tras la partida de las fuerzas norteamericanas, han incrementado considerablemente la tensión entre las diferentes comunidades iraquíes y han deteriorado sensiblemente la imagen del gobierno iraquí y de su primer ministro ante la opinión pública internacional.

Sin embargo, Al Maliki sigue gozando de un notable apoyo popular, que probablemente ha crecido desde las elecciones de 2010. Conocedor de su popularidad, el primer ministro no ha dudado en responder a cualquier intento de moción de censura con la amenaza de un adelanto de elecciones, que con toda seguridad beneficiaría a la lista política que lidera. Aunque autoritario, sectario y de usos políticos cuando menos censurables, Al Maliki no deja de ser el dirigente que ha liderado Irak en el único periodo de los últimos treinta años en el que las condiciones de vida de la población han mejorado de manera notable. Además, a principios de 2011 anunció que no se presentaría a la reelección en las elecciones legislativas de 2014, lo que ha mejorado en cierta medida su legitimidad interna, como hombre que no pretende perpetuarse en el cargo.

⁽⁷⁾ El primer ministro (Al Maliki) es chiíta, el presidente (Talaban) kurdo y el vicepresidente (Hashemi) un sunnita.

⁽⁸⁾ El caso más evidente fue la ofensiva que ordenó lanzar en 2008 contra los seguidores de Al Sadr en Basora, Nassiriya y Kut y que terminó con centenares de muertos.

■ El factor religioso

La población iraquí no destaca por el extremismo en sus posturas religiosas. De hecho musulmanes chiítas y sunnitas han convivido con naturalidad entre sí y con una minoría cristiana que profesa diversas confesiones. Pero las diferencias se han acentuado a lo largo del tiempo por razones sociales y políticas. En general la población chiíta, dedicada esencialmente a la agricultura en el centro-sur del país, ha gozado de un estatus social más humilde que las tribus árabes sunnitas del norte y el centro, más orientadas al comercio y que han mantenido una tradición más próxima al modelo paramilitar beduino. Los chiítas siempre se han visto además perjudicados por una cierta imagen de connivencia con Irán, con frecuencia injusta. Durante el régimen de Sadam Hussein los chiítas se convirtieron en ciudadanos de segunda clase, lo que fue creando una hostilidad entre sunnitas y chiítas que tiene más de conflicto social y político que religioso.

Irak es un lugar esencial para el chiísmo. La mayoría de los lugares santos se encuentran en territorio iraquí, donde también se asienta una de las dos escuelas religiosas (hawzas) que definen la evolución de la doctrina religiosa chiíta. La hawza iraquí de Nayaf compite con la iraní de Qom en prestigio y ascendencia entre los fieles chiítas.

Los chiítas iraquíes mantienen la doctrina original del *quietismo*, que propugna la separación entre los asuntos religiosos y los políticos, mientras que en Qom algunos religiosos iraníes han desarrollado una doctrina más intervencionista en política, que terminó por llevar al poder al ayatolá⁽⁹⁾ Jomeini e instaurar el actual régimen islámico en Teherán. Este enfoque nunca ha sido aceptado en Irak, donde la máxima figura religiosa, el gran ayatolá Ali Sistani, ha adoptado una postura muy diferente.

Sistani ha ejercido y ejerce una influencia muy notable sobre la política iraquí, pero podría decirse que lo hace a su pesar. El anciano ayatolá nunca ha buscado ningún protagonismo, y prefiere con mucho dedicarse a los estudios religiosos, a los que ha consagrado su vida, antes que salir a la compleja arena política iraquí. Pero quizás esta actitud de desapego, unida a su imagen de sabiduría y santidad, es la causa de que cualquier sentencia suya sea tomada como ley, y no solo por la población chiíta.

En general, Sistani sirvió como moderador en el conflicto que siguió a la intervención norteamericana. Aunque siempre condenó la presencia extranjera, nunca apoyó a la insurgencia, e incluso recomendó a los chiítas no responder con violencia a los ataques de los extremistas sunnitas. Apoyó el estableci-

⁽⁹⁾ Los ayatolas, a los que también se denomina marjas (personas ejemplares) son clérigos que por conocimientos y prestigio han conseguido acceder a los consejos directivos de las hawzas.

miento de un sistema político representativo, la formación de una lista electoral unificada de partidos chiítas (que se convirtió en la Alianza Iraquí Unida), y animó a los chiítas a votar y participar en la vida democrática. Con el tiempo, Sistani se ha abierto un poco más al mundo, estableciendo una red de clérigos que difunden sus mensajes incluso por internet⁽¹⁰⁾. No obstante, el ayatolá es ya anciano y su salud delicada. La muerte de Sistani significaría la desaparición de una influencia moderadora que ha resultado en ocasiones decisiva, especialmente entre la población chiíta. Su reemplazo por clérigos mucho más agresivos y próximos a la doctrina iraní como Muqtada al Sadr (que ha completado sus estudios religiosos en los últimos años en la hawza de Qom) sería un factor adicional de desestabilización.

■ La plaga de la violencia

Las estadísticas sobre actos violentos y víctimas en Irak se han reducido notablemente desde los durísimos años 2006 y 2007, cuando la media de muertes diarias por acciones violentas llegó a ser superior a cien. Actualmente ese número se sitúa en torno a las once muertes diarias⁽¹¹⁾, lo cual no deja de ser un número extremadamente alto correspondiente todavía a un país sumido en un conflicto armado. De hecho, Irak todavía supera frecuentemente a Afganistán en cifras mensuales de víctimas de la violencia.

Lo más preocupante es que si bien el número de incidentes violentos descendió notablemente hasta mediados de 2009, se ha mantenido prácticamente invariable desde entonces. E incluso ha aumentado ligeramente en los meses posteriores a la retirada norteamericana, aunque afortunadamente no se han llegado a confirmar las previsiones más pesimistas, que apuntaban hacia un repunte generalizado de la violencia como consecuencia de ese repliegue. Muchos grupos armados han establecido profundas redes en el territorio iraquí después de nueve años de conflicto, y su completa eliminación es una tarea que puede llevar décadas.

Existe todavía una compleja red de grupos terroristas y milicias armadas que actúan de manera cotidiana, aunque no exista ninguna coordinación entre ellos, y con frecuencia defiendan posiciones ideológicas completamente diferentes. Hay que apuntar primero a los restos de Al Qaeda en Mesopotamia, la organización que un día lideró el tristemente famoso Abu Musab al Zarqawí, y que como todas las franquicias de Al Qaeda se ha fragmentado en numerosos grupos diferentes. No se sabe muy bien el número de voluntarios yihadistas todavía activos en Irak, aunque las estimaciones varían entre unos cientos y pocos miles. En cualquier caso su número se reduce progresiva-

⁽¹⁰⁾ www.sistani.org.

⁽¹¹⁾ Según los datos de Iraqi Body Count, una organización que enumera las víctimas civiles del conflicto tras la intervención norteamericana de 2003, basándose en noticias de prensa. www.iraqibodycount.org.

mente, porque Irak hace tiempo que dejó de ser el escenario principal de la Yihad. Hay conflictos mucho más prometedores para los yihadistas en el Magreb, el Sahel, en Siria o incluso todavía en Afganistán. Parece probable que el núcleo yihadista en Irak esté cada vez más integrado por personal de origen iraquí.

Pero esta imagen de debilidad contrasta con las devastadoras acciones que en ocasiones los integristas islámicos llevan a cabo en el país. El 16 agosto de 2012 una cadena de atentados suicidas acabó con la vida de más de 140 personas a lo largo del territorio iraquí, convirtiendo la jornada en la más sangrienta desde la retirada norteamericana. La frecuencia y magnitud de estos ataques indica probablemente que los yihadistas encuentran todavía apoyo en algunos sectores de la población, probablemente entre las tribus sunnitas más opuestas al gobierno de Al Maliki, o entre los habitantes sunnitas de las zonas más castigadas por la limpieza étnica cometida por las milicias chiítas. Los ataques de los yihadistas se dirigen con frecuencia contra la comunidad chiíta, y golpean especialmente a los peregrinos iraníes que viajan a los lugares santos del chiísmo en Irak. Y también a los líderes tribales que pactaron con los norteamericanos y emprendieron la lucha contra sus antiguos aliados yihadistas.

Las zonas sunnitas del país sufren, junto con la capital, la mayor parte de las acciones violentas aunque varias milicias chiítas se mantienen también activas en el sur y centro. Como ocurre con frecuencia en las situaciones de violencia prolongada, a veces resulta difícil diferenciar los ataques con motivación terrorista o política de las simples luchas por el poder, la influencia y el beneficio económico de muchas bandas que han hecho de la violencia armada su modo de vida. Algo que puede resultar muy lucrativo en un país que no es pobre, y en el que la corrupción política alcanza cotas dramáticas⁽¹²⁾.

Al contrario que en otros países de África del Norte y Oriente Medio, la primavera árabe ha tenido muy poca incidencia en Irak, aunque llegaron a producirse algunas manifestaciones violentas a principios de 2011. La razón para esta escasa incidencia está probablemente en que, a pesar del alto grado de corrupción y violencia, la experiencia de los ciudadanos iraquíes es opuesta a la de otros estados árabes, y su situación personal y laboral ha mejorado en lugar de empeorar en los últimos años. Además, el gobierno de Al Maliki no deja de gozar de una aceptable legitimidad, y lo último que quiere la mayoría de los iraquíes es que una revuelta popular provoque el retorno a una situación de violencia generalizada.

⁽¹²⁾ Irak ocupa el lugar número 175 en una lista de 183 estados ordenados de menos a más según su nivel de corrupción por la organización Transparency International. Consultado en: <http://www.transparency.org/country#IRQ>.

■ PAPEL DE LOS ACTORES EXTERNOS

Pese al fracaso en la consecución de la mayoría de los objetivos estratégicos marcados en 2003, Irak sigue siendo una pieza esencial en la estrategia norteamericana en Oriente Medio. Probablemente, la tibieza de Washington a la hora de actuar contra Irán, o de intervenir de manera más agresiva en Siria, tiene mucho que ver primero con la experiencia iraquí, y después con el deseo de no desestabilizar todavía más la frágil transición política en el país.

En muchos aspectos el Irak actual es una criatura norteamericana, aunque la naturaleza profunda de esa criatura hunda sus raíces en una tradición histórica y cultural ante la cual toda la historia de EE. UU. es un simple soplo en el tiempo. Además, Washington ha invertido mucho en Irak y sigue invirtiendo cantidades importantes⁽¹³⁾. Y aunque el contacto entre ambas culturas haya estado marcado por la violencia, algo de cada una de ellas ha penetrado en la otra.

Así pues, las posibilidades de que Irak termine convirtiéndose en un aliado valioso en Oriente Medio se mantienen todavía. Aunque quizás no se pueda ya esperar un aliado incondicional, cabe todavía la posibilidad de contar con un interlocutor y mediador privilegiado en la zona.

Para Irak el apoyo norteamericano sigue siendo esencial en muchos aspectos, especialmente en la capacidad para garantizar su propia seguridad. Resulta imposible para el gobierno iraquí financiar en solitario sus inmensas fuerzas de seguridad, que alcanzan el millón de efectivos entre militares y policías. Y la relación con EE. UU. permite además el acceso a una tecnología militar que no se encuentra fácilmente en otros proveedores. De hecho Irak ha recibido ya carros de combate M-1 Abrams, y se ha aprobado la compra de un número todavía indeterminado de aviones F-16 (un mínimo de 36) con todo su equipamiento, así como un programa de entrenamiento de pilotos en EE. UU. en el que ya participan unos 60 oficiales iraquíes⁽¹⁴⁾.

La relación privilegiada con EE. UU. es la única manera de que Irak pueda mantener su soberanía en el convulso escenario de Oriente Medio, y resulta especialmente útil para equilibrar la creciente influencia de Irán. Ciertamente, el actual gobierno de Bagdad ve con simpatía a su vecino iraní, y la economía del país depende en una parte importante de las relaciones con Irán, pero eso no quita para que exista también un grueso poso de desconfianza. Ya se ha comentado como pese a las estrechas relaciones entre el chiísmo iraquí

⁽¹³⁾ El departamento de Estado ha presupuestado 4.800 millones de dólares en el año fiscal 2013 para la embajada en Bagdad, a los que habría que añadir los alrededor de 4.500 millones presupuestados por el Departamento de Defensa.

CORDESMAN, Anthony H & KHAZAI, Sam. Iraq alter US withdrawal. US Policy and the Iraqi Search for Security and Stability. CSIS. Washington DC. 2012. pp. 85-94. Consultado en www.csis.org/burke/reports.

⁽¹⁴⁾ Ibidem, pp. 108-109.

y el iraní, ambos mantienen posiciones divergentes sobre el modelo religioso y político a seguir. Y el sentimiento étnico y cultural árabe se mantiene frente a la identidad persa de Irán. Además, los intentos de Teherán por ejercer influencia directa en los acontecimientos del conflicto iraquí han producido siempre malestar.

El equilibrio que Irak debe mantener entre las dos potencias que mayor influencia ejercen en el país se refleja en la calculada ambigüedad con la que actúa el primer ministro Al Maliki, intentando obtener el máximo beneficio de ambos, a la vez que se impide que ninguno de los dos adquiera un excesivo control de los acontecimientos en Irak. Así se explica que el primer ministro viaje con tanta naturalidad a Washington como a Teherán, o que se oponga firmemente al mantenimiento de tropas norteamericanas en el país más allá de 2011, a la vez que ejerce una dura presión sobre los grupos armados chiítas mas cercanos a Irán. La clave de esta estrategia política se encuentra en mantener al máximo la soberanía iraquí, a la vez que se evita el compromiso con alguna de las dos potencias hasta el punto de que se llegue a alarmar a la otra.

Si la relación con EE. UU. es razonablemente buena, no puede decirse exactamente lo mismo de la que se mantiene con las monarquías del Golfo, especialmente con Arabia Saudí. Para la monarquía saudí la preponderancia chiíta en Irak es una tragedia geopolítica, que refuerza al archienemigo iraní, y que puede llevar a una progresiva rebeldía entre las minorías chiítas zaidíes que habitan en la costa saudí del golfo pérsico. En este sentido, la invasión de Irak es algo que Riad nunca perdonará a su aliado norteamericano.

Sin embargo, la primavera árabe ha supuesto una oportunidad excelente para ajustar cuentas y reordenar el espacio geopolítico de Oriente Medio a favor de los estados del Golfo. La rebelión abierta contra el régimen de Bashar al-Assad en Siria, liderada esencialmente por la población sunnita, permite a Riad contribuir a un movimiento estratégico de gran envergadura. Un eventual colapso del régimen sirio, y su sustitución por un gobierno sunnita, dejaría a Hizbulá aislado en el Líbano y permitiría que la minoría sunnita de Irak se sintiese mucho más apoyada para hacer frente a la hegemonía política chiíta. Toda la cadena de influencias trabajosamente construida por Irán, en los últimos treinta años, y que la intervención norteamericana en Irak ayudó inadvertidamente a consolidar, se vendría abajo.

Otro estado que difícilmente perdonará a Washington su aventura en Irak es Turquía. El resurgir de la insurgencia kurda del Partido de los Trabajadores del Kurdistán (PKK en sus siglas en inglés) ha sido una consecuencia inevitable del caos que ha sacudido Irak durante la última década, y de la consolidación de una entidad kurda en el norte del país. Las incursiones aéreas y terrestres del ejército turco en territorio iraquí se han convertido en habituales, aunque no

han conseguido revertir la creciente frecuencia y magnitud de los ataques del PKK. La muerte en octubre de 2011 de 24 soldados turcos en una emboscada especialmente mortífera significó una importante escalada del conflicto.

Sin embargo, pese a que durante muchos años las relaciones entre Turquía y el Kurdistan iraquí estuvieron marcadas por la tensión, la situación ha cambiado sensiblemente en los dos últimos años. El primer ministro turco Erdogan visitó la capital del Kurdistan, Irbil, y el primer ministro kurdo visitó Ankara. Y lo más importante, ambos han firmado un acuerdo de construcción de oleoductos que podría permitir a los kurdos iraquíes exportar su crudo sin someterse al monopolio de las infraestructuras iraquíes.

La mejora de las relaciones tiene que ver con la convicción de Turquía de que solo se podrá derrotar al PKK con la colaboración de los kurdos moderados iraquíes. Y probablemente también ha tenido que ver el hecho de que el conflicto sirio ha provocado que las milicias kurdas sirias controlen la mayor parte de la extensa línea fronteriza con Turquía. Lo último que querría ver Ankara es una eventual colaboración entre gobiernos autónomos kurdos sirios e iraquíes en apoyo de las reivindicaciones de la minoría kurda turca. El establecimiento de lazos económicos con el gobierno del Kurdistan iraquí es una manera de neutralizar parcialmente esa amenaza.

Evidentemente la construcción de oleoductos que permitan al Kurdistan iraquí exportar su petróleo de manera autónoma supone un duro golpe para el gobierno de Bagdad, especialmente para uno tan centralista como el de Al Maliki⁽¹⁵⁾. En este sentido, las relaciones del gobierno iraquí con el turco se resienten de una creciente tensión, con un habitual intercambio de críticas en el que Ankara acusa al gobierno iraquí de dependencia de Irán.

Respecto a la crisis Siria, el gobierno de Al Maliki se ha mantenido absolutamente al margen de cualquier crítica al régimen de Al Assad. No se han aplicado ninguna de las sanciones económicas internacionales contra Siria, se han permitido, pese a las protestas norteamericanas, vuelos desde Irán que probablemente transportaban equipos militares para el régimen sirio, y se ha criticado duramente el comportamiento de los rebeldes sirios que tomaron el control de algunos de los puestos fronterizos con Irak. También es cierto que Bagdad emitió una protesta oficial cuando aviones sirios penetraron en el espacio aéreo iraquí para bombardear a los ocupantes de esos mismos puestos fronterizos, lo que evidencia la necesidad iraquí de no verse implicado con ninguna de las partes en el conflicto. Pero está claro que la caída de Al Assad constituiría una amenaza bastante seria a la estabilidad iraquí, y un motivo de la mayor alarma para un gobierno mayoritariamente chiíta, que podría ver resurgir la insurgencia sunnita y el independentismo kurdo en toda su crudeza.

⁽¹⁵⁾ ARRAF, Jane. Kurdish oil line stirs Irqki tensions. Al Jazeera. 21 mayo 2012. Consultado en: <http://www.aljazeera.com/news/middleeast/2012/05/201252111272873513.html>.

■ CONCLUSIONES Y PERSPECTIVA

La actual situación en Irak podría calificarse de equilibrio muy precario, que puede verse fácil y dramáticamente alterado por la inestabilidad generalizada en la región. Como ya se ha dicho en la introducción, Irak está en el centro de la mayoría de las líneas de tensión presentes en la zona, desde el enfrentamiento entre sunnitas y chiítas, hasta la pugna por los recursos energéticos, pasando por el problema kurdo. En cierta forma Irak es un compendio de todos los problemas que ocurren hoy en Oriente Medio.

Las consecuencias de una degradación de la situación en el país podrían llegar a ser extremadamente negativas. Su partición en territorios controlados por sus diversos grupos étnicos y religiosos abriría la caja de Pandora en un Oriente Medio que es, en gran medida, una construcción artificial de estados poco coherentes, realizada aprisa y corriendo tras la I Guerra Mundial.

Irak tiene no obstante, algunas bazas a su favor. Una de ellas es que, pese a la acumulación de malas noticias en la zona y a la retirada de las tropas norteamericanas, la situación interna no ha empeorado significativamente. Esto puede deberse en gran medida a que el pueblo iraquí está harto de conflictos, una situación que en muchos casos es la mejor garantía de paz. La gestión del gobierno de Al Maliki, con todas sus luces y sombras, es también un signo positivo. El mantenimiento del equilibrio entre Irán y EE. UU. y una política exterior moderada y conciliatoria son pasos en el buen camino.

Desgraciadamente, los aciertos en política exterior quedan empañados por la tendencia creciente al sectarismo y el autoritarismo en el interior. Al Maliki se enfrenta a la misma tentación que afectó a los dirigentes árabes nacionalistas de los años 50 y 60. Confrontados con problemas extremadamente complejos, optaron por una línea excesivamente autoritaria, apoyándose en grupos étnicos y sociales afines, lo que les llevó a convertirse en los regímenes hereditarios corruptos e ineficientes que ahora caen como hojas muertas ante las revueltas populares. El mantenimiento de los principios democráticos en el funcionamiento de las instituciones del estado es el principal reto del actual gobierno, y puede decirse que de ello dependerá en gran medida que el experimento iraquí tenga éxito.

Otro punto que puede jugar a favor es el incremento en la producción de crudo. Nadie cree las previsiones oficiales de que el país pueda producir diez millones diarios de barriles en 2017, colocándose prácticamente a la altura de Arabia Saudí. Pero aunque la producción fuera de solo cinco o seis millones de barriles, los beneficios en una época de crisis energética pueden ser fabulosos. El problema es que la mayoría de los yacimientos se encuentran en áreas dominadas por la minoría kurda y por los chiítas. Si los beneficios del petróleo se

utilizan para acentuar las diferencias entre grupos humanos, en lugar de como una inversión de futuro en el progreso nacional, se habrá perdido una oportunidad única para alcanzar la normalidad y la prosperidad.

El futuro de Irak depende también, en gran medida, de lo que ocurra en Siria y en Irán. Si el régimen sirio cae, las posibilidades de inestabilización se incrementarán, aunque la medida de este incremento dependerá en muchos aspectos de la gestión internacional del conflicto sirio. Si sencillamente se deja a los sirios a su suerte, en una repetición de lo ocurrido en Libia el año pasado, el país terminará convertido en un agujero negro, en el que podrán medrar todo tipo de movimientos desestabilizadores. Pero si se produce una sucesión de poder razonablemente ordenada, la nueva Siria podría ayudar a estabilizar la situación en el nuevo Irak.

Un ataque a Irán también supondría una importante amenaza de desestabilización para Irak. Pero de nuevo la magnitud de esa desestabilización es relativa. Una campaña aérea corta y selectiva contra las instalaciones nucleares iraníes causará sin duda la respuesta de Teherán en forma de ataques con misiles contra Israel, las bases norteamericanas en Oriente Medio o los países que cedan su espacio aéreo para el ataque, e incluso una campaña terrorista por organizaciones proiraníes. Pero en cualquier caso las consecuencias serían limitadas y gestionables. El problema es que se ceda a la tentación de utilizar el ataque a las instalaciones nucleares como excusa para intentar derribar el régimen de los ayatolas, o para dirimir en favor de los estados del Golfo la antigua pugna entre chiítas y sunnitas. En este caso se entraría en un conflicto prolongado de consecuencias potencialmente devastadoras, e Irak se encontraría en la primera línea del mismo.

En definitiva, no se puede ser excesivamente optimista sobre el futuro del conflicto iraquí, pues el país está afrontando numerosos retos de una magnitud que supera las posibilidades de sus todavía débiles instituciones y recursos. Pero tampoco se puede ser totalmente pesimista, pues existen recursos, voluntades y tendencias que permitirían evitar, o al menos mitigar, el desastre. La actitud de la comunidad internacional tendrá mucho que ver con lo que finalmente ocurra. Y a este respecto siempre conviene recordar que, históricamente, los desastres no tienen tanto que ver con las acciones erróneas como con la ausencia absoluta de acción.

■ CRONOLOGÍA

Tabla 6.2. Indicadores geopolíticos

TABLA DE INDICADORES GEOPOLÍTICOS*		IRAK
Extensión		438.317 km ² (59°)
PIB		129.300M\$ (62°)
Estructura PIB/Pobla- ción activa	Agricultura	9,7%- 21,6%
	Industria	29,3% - 18,6%
	Servicios	45,7% - 59,8%
PIB per cápita		3.900\$ (162°)
Tasa de crecimiento PIB		9,9 % (7°)
Tasa de desempleo		15% (147°)
Relaciones comerciales (Exportaciones):		EE.UU. 23,3%, India 19,2%, China 14%, Corea del Sur 12,2% (2011)
Relaciones comerciales (Importaciones):		Turquía 25%, Siria 18,1%, China 11,5%, EE.UU. 7,3%, (2011)
Producción de crudo		3,02 millones barriles día (julio 2012) (9°)
Oleoductos (km)		2447 gas, 5104 petróleo, 918 mixtos, 1637 productos derivados.
Población		31.121.225 (39°)
Tasa de urbanización		66% (2,6% incremento anual)
Estructura de edad	0-14	38 %
	15-64	58,9%
	Más de 65	3,1%
Tasa de crecimiento de la población		2,345% (33°)
Grupos étnicos		Árabes 75-80%, kurdos 15-20%, asirios y otros 5%
Religiones		Musulmanes (chiitas 60-65%, sunnitas 32- 37%), cristianos 3%
Tasa de alfabetización de la población		78,2% (86% - 70,6%)
Población bajo el umbral de la pobreza		25%
Refugiados		Unos 45.000 principalmente iraníes, pales- tinos y kurdos turcos
Desplazados internos		1,3 millones
Gasto militar. % del PIB.		5% (6.000M\$) (2011)

* The CIA World Factbook. Consultado en <https://www.cia.gov/library/publications/the-world-factbook/geos/iz.html>

■ BIBLIOGRAFÍA

Artículos:

ARRAF, Jane. «Kurdish oil line stirs Iraqi tensions». Al Jazeera. 21 mayo 2012. Consultado en:

<http://www.aljazeera.com/news/middleeast/2012/05/201252111272873513.html>.

CORDESMAN, Anthony H. y KHAZAI, Sam. «Iraq alter US withdrawal. US Policy and the Iraqi Search for Security and Stability». CSIS. Washington DC. 2012. Consultado en: www.csis.org/burke/reports.

KRAMER, Andrew E. «Iraq Arrest More in Wake of Tip About Coup». New York Times. 31 octubre 2011. Consultado en:

<http://www.nytimes.com/2011/11/01/world/middleeast/irak-arrests-more-in-wake-of-libyan-tip-about-coup.html>.

WILLIAMS, Timothy, «New Sunnis in Iraq allied with US rejoin rebels». New York Times, 17 octubre 2012. Consultado en:

<http://www.nytimes.com/2010/10/17/world/middleeast/17awakening.html?pagewanted=all>.

Páginas web:

<https://www.cia.gov/library/publications/the-world-factbook>.

<http://www.iraq-businessnews.com>.

www.iraqibodycount.org.

<http://www.transparency.org>.